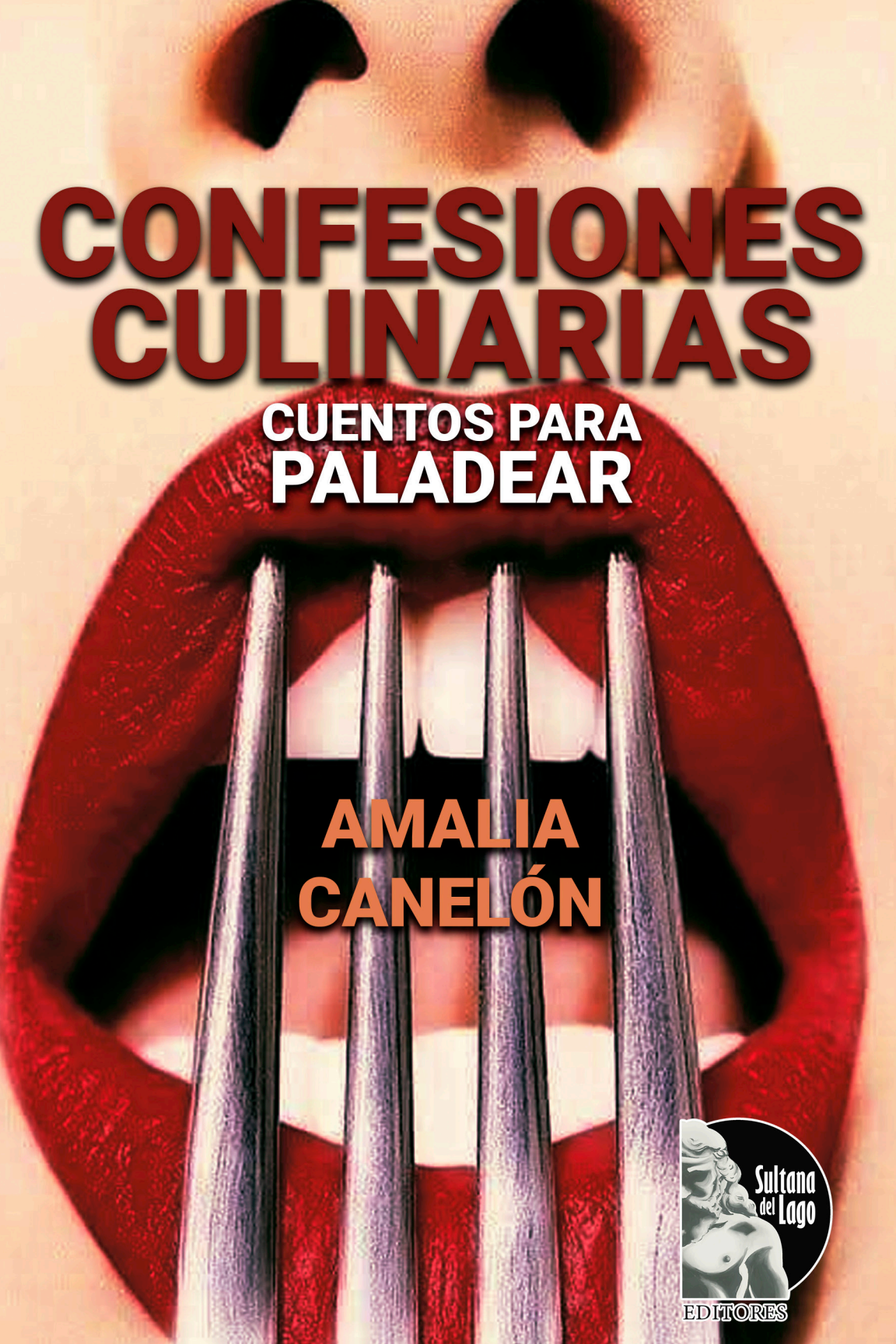




CONFESIONES CULINARIAS

**CUENTOS PARA
PALADEAR**

**AMALIA
CANELÓN**



Amalia Canelón
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2021.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798776737442

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Confesiones culinarias

Amalia Canelón

Al origen de tanta letra suelta
y desenfrenada. Beatriz y José.
A los que siempre están. Jenny, Carmen y Nepta.
A los que vienen. Sharon, Iván, Shantall y Carlos.
A los que cataron, paladearon
y siguen mostrándome los sabores de la vida.
A ti y tú jazz que me inspira así estés lejos.
A los que leyeron estos cuentos desde el congelador.
Infinitas gracias por cocinarlos conmigo.
A todo aquel que cree.
Gracias.

PRÓLOGO

Las confesiones algunas veces dan miedo.

Quizás la boca no está preparada para el torrente de palabras que están a punto de salir.

Puede que sean los oídos. Esconden sus miedos tras caprichos y cortinas de humo.

O también por todo lo que se esconde adentro. Disfrazado de sabores que mezclan letras de canciones, recetas y emociones.

Me confieso tras el halo de vergüenza que se evapora cuando cuelo el café.

Declaro mi pasión por aderezar las palabras. Sal y pimienta no satisfacen igual, se quedaron cortas. Por qué limitarme cuando existe un mundo de especias por probar.

Manifiesto que la tozudez es producto del chocolate blanco. Me abraza cariñosamente. Malcría y regaña a partes iguales.

Y sobre todo, asumo públicamente que este libro se cocinó sin artilugios. Algunas veces en altas o bajas temperaturas. Siguiendo instrucciones y también rompiendo rutinas. Tal y como sucede en la vida real cuando te dejas llevar por los deseos impuros. Pecando de gula visual, lingual y sentimental.

Que cada uno busque la forma de absolverlos y de lavar sus culpas.

Yo no lo haré.

Prefiero seguir pecando hasta llegar a la máxima expresión del autoconocimiento.

LAS RECETAS SON:

Balada para stella	7
Amores callejeros	11
Vida a la putanesca	15
La receta de los sentidos	19
Ganache para encontrarse	23
Arqueo de caja marital	27
Erótico mise en place	31
Canibal	35
Un trago epistolar	37
Los poderes de ursula	41
El clown	45
Iris heredado	47
El sabor de la muerte	51
Confesiones culinarias	57
Los helados mágicos	61
Menú clandestino	65
Amor indigesto	71
Carta al niño jesus con posdata de caramelo	73

BALADA PARA STELLA

Roberto tocaba el piano.

Mató a su esposa hace media hora.

El cuerpo yace en la alfombra beige de la sala. Con el brazo izquierdo en forma de jarra, el derecho arqueado, a modo de reverencia. Las piernas ligeramente dobladas, quizás preparadas para dar ese gran salto.

Ese concierto era para ella, con el amor que aún le quedaba atrapado en el corazón, en los dedos y en ese hilo de cordura, que iba apareciendo con las teclas. Sus lágrimas corrían con prisa por toda la sala al recordar lo que hizo, en el fondo no buscaba hacerle tanto daño, no más del estimado. Había planificado el día y el momento: la cena de aniversario de bodas, en el brindis le diría la verdad. Le diría que es infiel de mente y corazón, faltaba muy poco para que avanzara hasta la piel.

Como todas las traiciones que se dan entre dos, no fue planificada. Se dejaron puertas entreabiertas al descuido, tal vez como sinónimo de ese jarrón verde que estaba en la sala, una posesión más que parece no tener valor. Como los cuatro sartenes eléctricos que les regalaron y forman parte de los objetos acumulados en el sótano. Igual que el juego de copas aún sin estrenar listas para romperse por su desuso, y la más inútil de todas las colecciones: una biblioteca de cuatro tramos con libros de cocina que no saben de libertad.

Roberto había dispuesto la mesa como nunca antes: sacó por fin las copas de su recoveco. Cocinó sus verdades con maestría, las bañó de romero y miel con la intención de endulzar las palabras que utilizaría. Espumante como puente hacía el dolor y chocolate para la muerte, la estocada final sería fina y certera. Rosas rojas, las preferidas, se muestran en el centro de la mesa para darle solemnidad a lo que se viene, junto con el olor tenue a vainilla que se asoma por momentos. Espera a su esposa en el sillón mostaza con los dedos inquietos que tocan en el aire, impaciente, por los minutos que prefieren vivir en el placer de la eternidad, y que no entienden de los tiempos femeninos. Hasta que aparece Stella, con rayos que salían de sus ojos y de su boca, para darle luz a todo el lugar, la misma que salía debajo de su vestido de mariposas que cobraban vida en su estómago. Volaban felices por todo su cuerpo y algunas se posaban en su pecho para mostrar el latir acelerado. Se acerca lentamente a Roberto quién ahora está sentado a la cabeza de la mesa, con las copas esperando, junto a sus frases punzo penetrantes.

— Bienvenida a nuestra celebración, Stella. ¡Feliz Aniversario! —Expresa Roberto, levantándose inmediatamente del asiento.

— Gracias amor —respondió extrañada al notar que la llamaba por su nombre y no por los diminutivos que siempre acercaban.

— Este brindis lo quiero hacer por el amor que nos juramos hace cinco años en el altar y frente a tantas

personas. Por la metamorfosis de nuestros sentimientos hasta llegar a esto en que nos hemos convertido. Su voz iba subiendo en la escala del sonido rápidamente y los ojos perdidos de Stella no entendían lo que estaba sucediendo. Roberto y su rostro se transfiguraban con cada reproche de abandono, Stella veía como las mariposas morían en el vuelo, volviéndose humo negro que salía por todas las cavidades de su cuerpo. Nubes cargadas de rabia, de tristeza y dudas se agolpaban por toda su humanidad.

Primera estocada:

—Te soy infiel con el piano, la tele, las copas que no usas, los platillos que no me cocinas, con tu falta de atención, la autosatisfacción, los libros de tu mesa de noche. Te soy infiel con una mujer que no es la mía pero que habita en el mismo lugar.

Segunda Estocada:

—Me haces inmensamente infeliz.

Tercera y última Estocada:

—No te amo, dicho a viva voz y sin piedad.

Stella se desvanece en la alfombra beige de la sala. Con el brazo izquierdo en forma de jarra, el derecho arqueado, a modo de reverencia. Las piernas ligeramente dobladas, quizás preparadas para dar ese gran salto. Sus ojos están cerrados y contenidos, su corazón roto vaga perdido por la alfombra buscando sus pedazos.

Stella de Castro murió en la sala de su casa el 03 de
Febrero de 2.021.

Causa de la muerte: desamor.

AMORES CALLEJEROS

Ante los ojos del barrio formaban la pareja perfecta. Ella, cariñosa, complaciente y llena de virtudes.

Una gordita deliciosa adaptable a los gustos de su pareja: algunas veces más blanca o bronceada, con orégano, queso parmesano o semillas de ajonjolí. Su cuerpo era esponjoso, calentito, apetecible, suave y delicado. Una cama muy cómoda donde se posaba su esposo a descansar, esperando al comensal con todo su sabor concentrado.

Exacerbado con sus amigas las salsas, tan variadas como el deseo de probar intensidad y delicia. Algunas de ellas son artesanales, untuosas y brillantes dispuestas siempre a ponerle la diferencia a este matrimonio. Con frecuencia invitaban a sus amigos exóticos, con los que se divierten jugando a despertar nuevos rincones succulentos. Adornan el camino que sirve de preámbulo al primer mordisco, coronando gustos y peticiones. Sin embargo, el caballero de origen alemán comenzó a distraer sus ojos. Ya no le emocionaba la voluptuosa compañera. Ahora se movía entre las chicas delgadas, con cuerpos sin gluten o al menos controladoras de calorías.

Aseguraba que por salud debía disminuir los kilos de amor y convertirlos en vida. La dama, bañada en decepción cambió de sabor a uno amargo y rancio. El moho invadía sus redondeces. Recordaba con nostalgia lo rozagante que estaba y ahora, con el corazón roto lloraba a mares volviéndose dura y seca.

El consorte le dijo que ya no podía seguir con ella, a pesar de los años y momentos vividos. Le confesó entre tragos que otra mujer alegraba sus días. Unas frondosas hojas de lechuga romana que lo abrazaba con sutileza, escondiendo picardía en su interior. Atrás quedó la magia que todos celebraban. Le confirmó que dese hace rato ya no aguantaba sus humores, el olor a ajo y cebolla, la monotonía, el aburrimiento de los mismos acompañantes. Quería recorrer el mundo de las papilas desde lo crujiente y no desde la esponjosidad conocida.

—Disfruto también a las señoritas tortillas. Me seducen con su piel firme y suave. Son expertas en aguardar miles de esencias en su interior, quedando todo compacto.

— ¿Y qué va a pasar con nosotros? — Preguntó su ahora ex mujer.

Con la mirada congelada y perdida también expuso su rosario de quejas:

—Yo también me cansé y tengo mucho tiempo probando a un polaco que me hace sentir más querida. Me protege con su gran tamaño y nuestra química es innegable. Lo pepinillos son tan ingenuos que no se han percatado que mi acompañante es otro. La cebolla ahora prefirió caramelizarse y no sabes la combinación que logramos, es de otro mundo. Bailo sensualmente en las manos de quien me invoca. Una salsa por supuesto. Mi preferida es Idilio de Willie Colon. Me pierdo en el ritmo y los mordiscos que propina el hambriento visitante.

—Me doy cuenta que esto se acabó hace tiempo.
¿Quién engaña a quién? — Preguntó el alemán.

—Ya no importa. Tú eres feliz en tu mundo fit y yo en mi mundo fat.

El barrio ya no recuerda al alemán. Las viejas chismosas cuentan que lo han visto triste y delgado. La lechuga se volvió vegetariana y le puso los cuernos con el tofu. El amor y los sabores algunas veces son complicados.

VIDA A LA PUTANESCA

—*Ser puta va más allá de ser una cocina pública. Yo soy el condimento que educa al paladar a medida que se ingiere, hasta volverlo exigente.*

— ¿Y eso cómo te hace sentir? – le preguntaba su amigo de esa noche.

—*Como lo que soy, la dueña del mundo.*

Así le gusta describirse, uniendo sus dos pasiones, los hombres y la comida. Franca marida, saltea y hornea parejas con violines de fondo, un blues o un jazz. Algunas veces es cocina express y otras un fogón lento, donde nace la comida reconfortante. Su cuerpo ha sido la cueva que esconde miedos. Impresiona a sus habitantes con el claroscuro de su interior y se convierte en el eco que abraza desde sus profundidades. Es ese espacio curvo que sabe a placer y a realidad. Franca es una heroína en sus dos significados. Si no está generando adicción en la sobremesa que celebra sobre su diamante, se vuelve defensora de los que se pierden lentamente en la languidez. Escucha sus confidencias y las retorna brillantes, fortalecidas. Descubrió que disfrutar de la vida a través de la piel erizada, vestida de gemidos incesantes era su razón de vivir. Se volvió la amante de los sentidos y el sudor de los deseos.

Llegó a este hallazgo de forma casual. Paseando por las calles de su memoria se encontró un día en la cama, acariciaba su adolescencia y otras cosas junto a

su vecino. Transcurrían los catorce de calentura que se notaban en los nervios y en las ganas de explorar. Este primer viaje de ambos a tierras sexuales tuvo sabor avinagrado y al menos para ella, quedó clara la lección. Cada cuerpo aguarda esencias distintas, de allí que no todas puedan mezclarse.

Desde que aprendió a hablar desarrolló una conexión peculiar con la comida. Podía respirar mordiscos, lamer el jugo de las recetas, cortar el apetito con las manos, fileteándolo algunas veces con los cuchillos, cuando la ocasión exige mayor precisión. No tardó mucho en casar a esta pareja frenética que cocina amor genital con ingredientes comunes. Sabía que para lograr el plato perfecto. Debía probar mucho, y eso le encantaba.

El reconocerse como puta vino después, en una tarde de confesiones con uno de los amigos que se divertía entre sus piernas. Luego de exorcizar los demonios, el joven insistió en probar la gruta que se escondía entre sus nalgas. Franca se negó porque sabía que estas manos inquietas, no merecían el privilegio de conocer otros espacios de su anatomía. Semejante desplante desató la furia de su acompañante, quién la bautizó con ese nombre, producto de la impotencia que le causaba el rechazo.

—¿Soy puta porque no me dejo? —preguntó enfurecida- pues soy entonces la reina porque no me da la gana de dártelo. Soy yo quién decide cómo y cuándo. Si eso no lo entiendes, se acabó la velada.

Franca sabía que el poder estaba en su copa, el ins-

trumento de placer que compartía con el comensal de su preferencia. Repetía porción quien supiera tratarla como reina, no como un objeto de masturbación mental y física. Dejaba que el visitante practicara apnea en sus profundidades, embebido de gusto hasta la saciedad. Ella destacaba en su turno, con la prestancia en los labios que desencadenaban fiestas pirotécnicas. Luego del entremés servían un condumio de apetito por el otro, sin coreografías ni pautas. Se generaba, no siempre, el estallido sensorial después de un bailoteo intenso y si la pareja se acoplaba, se podía respirar arte en el lugar. Luego de la tertulia, ataviada de sosiego, caminaba en tacones de conversaciones existenciales, matrimonios, inseguridades masculinas y comportamiento femenino.

Atenta, escuchaba a sus invitados con la espalda como diván. Hablaban, lloraban mostrando sus corazones rotos y la vulnerabilidad escondida en la virilidad. Ciertas esculturas fálicas se desvanecían en la cama, dando paso al hombre con un niño perdido que requería calor de hogar. Y ahí estaba ella, para alimentar el instinto carnal y las carencias afectivas.

Una mujer puta se pasea en los matices de la vida desde lo que siente, recreando su sabor en cada cuerpo que visita. Franca es el lugar que se repite por placer, paga con libidinosidad paladeando almas.

LA RECETA DE LOS SENTIDOS

Amanece, es lunes con un sol que hace yoga y se saluda a sí mismo. Lunes de primavera en la ventana y en el cuerpo, que le pide menos colchas aunque el café siga intacto.

Los ojos se mueven bajo los párpados, están desesperados por correr esas cortinas. Juntos, esos iris castaños forman una pareja que se viste para ser vista como los reyes. Las pestañas, sus súbditas, hacen coreografías perfectas y llaman su atención protegiendo también su integridad.

Desde siempre la vista ha tenido un privilegio, capta imágenes a gran velocidad aunque algunas veces no lo quiera. Recoge los hechos en el jardín, se pasea por la memoria sembrándolos allí. Hasta que los necesite: —¿En dónde están las ganas de esta mujer? Tiene quince minutos intentando apagar la alarma y no ve que el móvil está debajo de la almohada con funda de flores rojas y amarillas. Es lunes Carmela, ¡mueve ese cuerpo caribeño de una vez!

—No escucha la alarma porque silenció el móvil explica el señor- vecino, recuerda que soy el vigilante que está de turno.

Habló un sentido que vive en pareja. En singular es masculino, intenso y metódico. Cuando se une es una fuerza femenina que le antecede un artículo, algunas veces tedioso, que debe aceptar porque es su realidad. Vive en un cuerpo profundo, con exterior de caracol

y coqueto. Se viste sensual con sonidos, acordes, palabras dulces, lenguas traviesas. También se mal viste con perversidad, fuerzas internas que se vuelven voces absurdas, impostoras y llenas de mentiras cuando más debe verse y escucharse amorosamente.

En ese momento, el viento decidió pasarse con determinimiento por el oído, hacer piruetas y silbar a manera de saludo. Eso hizo que Carmela inclinara su cabeza y la moviera rápidamente, fue demasiado estímulo para una madrugada de estas.

—¡Buenos Días! Hoy el lunes huele a flores frescas. Voy a subir a la memoria un rato, necesito buscar en la biblioteca algún recuerdo. Es conocido, creo que es de la niñez- explicaba un olfato ágil y enérgico-estoy despierto desde hace más de una hora. ¿Cómo amanecen por aquí?

Olfato es un tipo creativo y sincero. Lleno de vida y hambre de aromas. Creo que puede comer hasta saciarse, cuando se topa con un olor que ama. Es el verdadero centinela, recibe las invitaciones y luego se encarga de reclutar para la fiesta. La fiesta no es más que los días de Carmela en la cocina, el templo donde se comunica con el más allá para alimentar a los del más acá.

Se reconoce como el impulsor de emociones y no le importa que los demás, consideren lo contrario. Trae loca a Carmela con el olor a café que se mete descaradamente por la ventana, necesita que se termine de despegar de las colchas, hay mucho que hacer.

—¡Ya sé! Las flores pertenecen al jardín de la abuela Leonor. Cuando iba de vacaciones, el primer fin de

primavera, podías verlas de toda clase. Tomé muchas fotos de memoria. ¡Qué buena manera de recordarte mi Leo! Hoy haré tu sopa de tomate con pimientos que levantaba muertos o al menos los hacía hablar.

Carmela erguida frente al espejo, revisando su humanidad desnuda, cepillando los dientes y las culpas que aún saben a cigarro de anoche, tuvo una epifanía. Por un momento recordó el sabor de la sopa de tomate y pimientos, la reconfortante que le esperaba los miércoles, día de matemáticas y malas calificaciones en la escuela.

Seducida por la idea sus papilas comienzan a salivar y la lengua, en su rigidez habitual, conecta al corazón y al gusto. El otro estimulante de sensaciones que habita en esta cocinera empírica. Comienza a sentir la pirotecnia del picante con la dulzura del tomate, y el gusto ya imagina qué vino puede acompañar este potaje amoroso.

¿Se han dado cuenta que estos alicientes de la vida vienen de alguna forma en pareja?

El gusto no sería la excepción, tiene a la lengua. Una mujer que seduce con sus movimientos y conocimiento. Tiene la capacidad de enamorar y es la segunda a bordo, fiel compañera del olfato. Éste llega primero y abre la puerta, cual caballero bien educado, a esta dama enigmática y sensible. Se quema fácilmente, sin embargo, su curiosidad y terquedad son mucho más grandes.

El olfato se maneja en lo primitivo e instintivo, desde los momentos que viajan a los primeros minutos de

vida y de acercamiento a la piel, para alimentarnos y conectarnos desde lo oral. Desde allí, olfato y gusto, uno consecuencia del otro.

—¿Y yo? —Preguntó una señora de larga extensión y bahía.

— Somos tacto y piel. No hace falta mencionar que tenemos una presencia imponente en el cuerpo de Carmela, está hecha de nosotros. La erizamos con el frío, estremecemos su mundo cuando siente el amor de su amado o cuando cocina tan rico que un muerto pasa a felicitarla. Le advertimos de lo malo así ella nos dañe con calor extremo, cuando se distrae por la locura de su cabeza.

Tacto y piel comen caricias, dedos que caminan por sus poros y que algunas veces se tapan entre sudor, lágrimas y sangre que brotan de Carmela en muchas ocasiones. Vello que se acuestan la mayoría de las veces, hasta que algo los levanta de sopetón, sobre todo las corazonadas y la intuición.

Y en esta presentación ¿en dónde están el cerebro y el corazón?

Luchando, a ver si es mejor hablar con los muertos hoy o entregarse a las sábanas de primavera que esperan a Carmela, dos cuerdas a la derecha de su casa. Algunos pensarán que es el amor, el deseo o la curiosidad. Ella sabe que es otro apetito que bien vale saciar.

GANACHE PARA ENCONTRARSE

Tumbada en el rompeolas miraba al cielo. Tomó fotos mentales. Lloró. Río a carcajadas. Se levantó y se fue sin despedirse. Manejaba de vuelta a casa, empapada de mar y lágrimas con un playlist puñalero de fondo, para llorar con ganas. Lo que verdaderamente le aterraba a Roma, era encontrarse cara a cara con la depresión, hablarle y transitar de madrugada por ese puente peligroso hacia sus emociones. No estaba preparada o al menos eso creía, para enfrentar tantos “guardados” en los cajones del alma, organizados por fecha y sentimientos inesperados. El más reciente y doloroso fue la muerte de su hermana hace casi un año, del cual había hecho lo propio para desplazarlo por alegrías, disfrazadas de sabores conocidos y desconocidos, bañadas con un *ganache* de chocolate siempre que se pudiera.

Hace un mes que Roma comenzó sus visitas al psicólogo. Hoy se levantó en una ciudad tan revuelta como ella.

Su primera sesión fue en febrero. Presentación y trazos de un mapa mental sobre las sensaciones de incertidumbre. La inocencia pues, es osada. Incertidumbre se presentaría al mes, abrupta, elegante y con intenciones de pasarse unas vacaciones sin fecha de retorno. A pesar de todo este *revolú*, Roma abrió una

bitácora de su vida para documentarse, leerse como un libro que no ha sido abierto, escribirse recetas para combatir el hambre emocional y algunas veces traduce lo que el interior quiere decir, aunque no encuentre las palabras adecuadas.

Comenzó preguntándose: ¿Qué me da paz?

Pensar en lo que quiero hacer, no hacer nada, dormir. Escuchar conscientemente desde las noticias hasta el silencio, no ver los lives que me llaman la atención, ver tele. Seguir con mis visitas psicológicas por videollamada, escucharme... Ah y reírme, reírme mucho, volver a las cosquillas, volver a ser niña mientras hago las pausas en el trabajo desde casa y las conexiones lentas. Pensar en el mar, hacer meditaciones y comer chucherías. Jugar Scrabble y pensar en todos los atardeceres que me he disfrutado y los que me faltan. La paz la buscas o la pierdes todos los días con o sin covid 19.

Tres meses después, Roma batalla con la ansiedad de no saber qué viene.

Se emociona con el feedback de su psicólogo, aunque la visión de su esposo es distinta. Creo que no les había mencionado que es casada desde hace cinco años. No saben si por la pandemia, pero el matrimonio tiene un olor a rancio que produce arcadas. Ambos se toman un calmante que los distrae de lo que subyace. Acá lo añejo no es precisamente una botella de ron. Para quitarse el mal sabor de la boca, escribe de una sentada un cuento que fue anécdota:

Tomó el cuaderno con escepticismo, comenzó a hojearlo rápidamente y sus dedos con memoria se estacionaron en el biscocho de

naranja con canela, el mismo que le enseñó su Abu a los cinco años, ese con merengue suizo y agua de rosas (el truco de la receta). Decidió hacerlo para recordarla feliz y horneando, dos características que la definían, pero sus lágrimas la vencieron y caían sin parar en la infusión de rosas que se cocía en el fuego. Y salió el sol, se descargaron las nubes internas en un aguacero, cayendo en forma de hilo sobre las claras a punto de nieve que tomaba altura en las paredes de la batidora. Tomó su manga, decoró el biscocho con delicadeza para hacerlo bello y apetitoso. Lo cortó, sirvió con té y al tomar el primer bocado, escuchó la risa sonora de su abuela, la “bruja” que hizo la magia de romper el concreto de su corazón.

Cierra su cuaderno y va a hacer la cena.

Hay un papel que mantener, dos estómagos que saciar y un antojo de empanadas sin culpa.

Pasaron tres días y haciendo su meditación diaria, la mente hizo trampa, le vino en un vuelo directo hasta el papel lo siguiente:

Si el tiempo libre te ha dejado verte o tú has querido verte en este tiempo libre

¿Qué has descubierto en estos días?

Descubro a la mujer que tiene miedo, rabia, tristeza y que también siente paz y sosiego. La que tiene planes y aún no los ejecuta, la que come menos chocolates y toma más agua, la que escucha más podcast y escribe lo que siente así sea en digital, a la que le arde el estómago desde lo emocional y no desde lo fisiológico... La que entiende que tenemos un lugar en todos lados y no debemos competir para resguardarlo. Cuando ya no lo tengas, es porque ya no perteneces a ese lugar y está bien.

Roma buscó ayuda psicológica por una simple razón. Sabía que no se trataba del empleo, su pareja o los amigos sino de ella y de cómo entiende lo que sentía. Quiso darse un regalo, tomarse un café con ella misma y con alguien que le ayudase a verse, analizando lo que sucede en voz alta. Esa era su definición de terapia.

Terapia que le movió los cimientos: cambió de empleo, se divorció y se encuentra en el constante aprendizaje de cómo dejar de comer lo que siente con crema batida. Al menos, busca cultivar otro tipo de adicciones.

Llorar en el rompeolas se convirtió en una de ellas.

ARQUEO DE CAJA MARITAL

Poco estimado Sr. Jorge Olivo

El presente es para informarle que su licencia en mi corazón caducó hace dos horas. Prefiero tratarlo de usted para guardar las distancias, pues como comprenderá tengo la autoestima frágil y un ego inquebrantable, ambos parecen luchar contra mí. Le devuelvo su anillo de matrimonio tan de mala calidad como sus mentiras. Los cuernos que me propinó en siete años, con un intenso olor a culpa. Y ya para qué, después de gozar una vida extra marital.

Le devuelvo las insulsas tazas de café que me regaló su señora madre. Creo que venían con una carga de magia negra. Ahora entiendo por qué me generaba acidez. Tampoco quiero tener cerca de mi vista su pesado juego de dominó. Al menos aprenda a jugar ajedrez para que entienda por qué matan a la reina. Aunque dudo la verdad, que pueda hacerse experto. A usted le cuesta sacar del letargo a su cerebro. Sus cosas serán recogidas en bolsas negras debidamente identificadas: ropa, zapatos, libros, discos, madurez, equipos electrónicos, revistas, gallardía, picardía. Como se dará cuenta, recibirá algunas vacías por inexistencia.

No se preocupe por los perros y las plantas. Pasan a formar parte de ese cincuenta por ciento que si vale la pena mantener. Detallo a continuación las facturas que debe cancelar. Son parte de los daños y perjuicios ocasionados:

Cinco sesiones con mi terapeuta (con grandes posibilidades de alargarse)

Un día en el spa para alinear chakras

Dos sesiones de manicure y pedicure

Clases particulares de natación

Inscripción vitalicia en el gimnasio más caro de la ciudad

Un fin de semana al mes en el resort que incluía mi estadía y un acompañante. Como usted comprenderá debo gozar con retroactivo de las mieles amoratorias, las que usted sin previo aviso canceló en nuestra vida de pareja.

Un contrato firmado por dos años con su amigo el cirujano. Debe resarcir los kilos aumentados, las estrías, flacidez y lo que menos puede hacer es pagarme el cuerpo que perdí.

Aprovecho para decirle que este acuerdo presentado no tiene tintes de venganza. Simplemente exijo lo que me merezco y recibí a medias en el peor de los escenarios. Si usted fue capaz de compartir mis bienes con sus amigas de turno, pues tengo todo el derecho de exigir y recibir lo que la ley del hombre y la divina han dispuesto. Es inevitable pensar en las promesas hechas durante estos siete años. Los sueños armados, las vidas unidas por planes perfectos, los viajes pendientes, la casa en la playa para vivir de viejitos.

Recuerdo nuestra idea recurrente de viajar a Italia por la luna de miel que no tuvimos. Y así, como esos tantos proyectos que se volvieron aire aquel día nefasto. Las confesiones se volvieron taconazos que se

clavaban en mi memoria, como para jamás olvidar los pasos bígamos que marcaron su camino hasta el destierro. Le deseo larga vida para que reciba todo lo que deseó e hizo. Usted sabrá si eso le emociona o le asusta. Mi abogado (el que por supuesto pagará usted) se pondrá en contacto muy pronto para iniciar los trámites de la separación.

Hasta el juicio.

Feliz día

ERÓTICO MISE EN PLACE

La estación estaba **cerrada por remodelación**, así firmaba el gran cartel pegado en las rejas de barrotes grises. El frío golpeaba a puños esa mañana y Elvis aceptó la contienda para llegar rápido a la siguiente. Quizás tenga suerte y la pueda alcanzar, decirle por fin lo que anoche se le atascó en la garganta, quemada de tanto vino y cigarros.

Mientras esquivaba abrigos, discusiones, olores matutinos y taconeos envueltos en esos jodidos ocho grados, no podía evitar sentir calor en sus orejas, tapadas levemente por la bufanda y la chaqueta negra. Recreaba en su mente esa boca que lo recibió instintivamente, hambrienta de besos con sabor a culpa y chispas de erotismo todo maridado en un bol de deseos que estaban esperando su momento, como todo ingrediente especial que se guarda en la alacena. Frida era la mujer que la vida le tenía dispuesta, a destiempo. Frida eran los ojos a los que se les veía las fogatas encendidas desde lejos, la curva que sonrío y se balancea en su memoria oscura, como su piel de cacao puro. Frida es la mujer que la vida le tenía dispuesta y que ahora, en este instante, tiene dueño.

Se conocieron en la cafetería de la esquina, trabajan en la misma cuadra y también comparten las mismas adicciones: café y cigarros, ron y cigarros, vida y cigarros. Elvis la admiró por dos semanas en silencio, estudiando su olor a caramelo que se batía con fuerza

en cada espiral de sus rizos, su vaivén lento y arqueado que cuadraba perfecto en ese rompecabezas de mujer. Y por supuesto, la hora inequívoca en que ella llegaba para pedir lo de siempre y salir a fumar. Cuando se decide, cuando por fin se acerca para hablarle, Frida se le adelanta y exhalando la última bocanada de humo le dice:

—Hola ¡hasta que por fin te acercas! Si tienes tanto tiempo viéndome llegar y estar acá, esperaba que me abordaras hace rato. Mucho gusto soy Frida y sé que me observas.

—Tan evidente he sido. Discúlpame —dijo un Elvis sonrojado y feliz de tener más cerca ese aroma a caramelo que por un momento, pensó era del lugar.

—Mucho gusto soy Elvis y llevo dos semanas viendo que prefieres el latte al mocaccino, saboreas como nadie la torta de chocolate de este lugar, cierras los ojos mientras te comes el pie de limón y cuando nadie te ve, justo en esos momentos en que vienes sola, después de fumar, pides para llevar otro café. Llevo dos semanas planeando cómo abordarte.

Frida abre más sus ojos rasgados y su boca se curva volviéndose sonrisa, que después se desboca por una pendiente de nervios y emoción.

—Pues somos dos locos que se persiguen —dijo la morena achocolatada— tu olor cítrico recién salido de la ducha es uno de mis motores para venir, te gusta el expreso con dos de azúcar y una de canela. Te debates entre las donas glaseadas y las de confetti, te las comes en tres mordiscos lentos pero precisos y

luego con ligera picardía, chupas tus dedos y es ahí donde me buscas con la mirada. Yo me hago la loca, enciendo otro cigarrillo y me rio, puertas adentro. Y te vuelvo a ver, estas limpiando tu barba, y el hoyuelo en tu mejilla derecha sale a saludarme.

Elvis sentía el lado izquierdo de su cuerpo dormido, cada vena iba al ritmo de su corazón acelerado hasta que, la mano cálida de Frida tocó su hombro y la descarga fue descomunal. Los ojos se encontraron sin sonidos, sin espacios como de esos descubrimientos inevitables que están destinados a generar magia. Sólo lograron articular para cuadrar un próximo encuentro, ese mismo día. El lugar acordado fue el café de la complicidad.

Sabían a lo que venían. Sin decirlo, sin invitaciones ni propuestas explícitas.

La Frida exploradora de anoche se alistaba veloz para abandonar la escena del crimen amoroso. Elvis intenta retenerla para desayunar nuevas caricias, sin embargo, la voz ronca que le embeleso los sentidos le decía tiernamente:

—Me quiero quedar y repetir el menú de placer. No puedo. No estoy disponible y debí decírtelo anoche. La verdad en algunas ocasiones, no es buena compañera ni consejera.

Haló el labio inferior de Elvis para despedirse.

Se vistió como pudo y salió tras ella. No logró decirle que le importa muy poco estar a ratos en su vida, pensaba cuando corría zigzagueando para alcanzarla. Justo allí entendió que valía la pena cada maratón con tal de comer ese menú de alto voltaje.

CANIBAL

Amo en lo que te conviertes cada vez que te rompes. Cuando decides abrirte y mostrar tu esencia, sacando tus miedos, extrayendo tu altivez del pasado que no era más que inseguridad.

Has nadado mares de lágrimas, las que tanto necesitabas sacar para llegar a tu raíz.

Has sembrado nuevas intenciones con algunas buenas cosechas. Otras decidieron ahogarse, enseñándote que el control no lo tienes tú.

Has llegado a lo profundo después de comerte las capas. Todas las cubiertas que fuiste poniéndote para ocultar talentos y sueños, por las creencias de otros. Para dar gusto afuera, escuchar a los demás y complacer sin sentir ni entender lo que sucedía en tu mundo. Me convierto en caníbal. Y engullo cada momento en donde no fui feliz o me entregué traicionándome. Me devoro lentamente porque esa ya no soy yo. La de sabores desconocidos. La que tiene cualquier voz menos la propia. Aquella que por mucho tiempo cayó en su trampa de ego y tristezas mostrando felicidad, cuando estaba rota sin recoger los cristales.

Y me sigo comiendo para dejar el sabor original. Mi sazón personal sin trucos. Mi vulnerabilidad danza ante mis ojos y se ve tan dulce, que me enternezco como quizás nunca lo había hecho. La abrazo fuerte y le digo que la amo con todas mis fuerzas.

Puedo divisar mi cuerpo.
Es más liviano

Y aunque siempre estarán los miedos dispuestos a
resguardar mi cueva. Puedo comerme hasta llegar
nuevamente a mí.

Ya sé el camino.

UN TRAGO EPISTOLAR

—Si te pido que me describas ¿Cómo lo harías? — preguntaste con la parsimonia sonriente en tus ojos.

—Estoy convencida que eres una mujer distinta en cada historia que te abraza, rodeando tus estados volátiles y rostros interesantes.

En ese momento tu cara se iluminó para confirmar que te gusta recibir halagos amelcochados, a pesar de esa rudeza que muestras con frecuencia. Para quienes te conocemos, con profundidad, te conviertes en una flecha imparable de largo disparo. Una canción que quema al querer llevarte el ritmo. El mar embravecido en luna llena. Y así puedo pasar horas, creando símiles que te romantizan aunque no lo merezcas.

Decidí comenzar esta carta con una de nuestras últimas conversaciones. Ahorita estas aquí, al lado, pero no quiero hablarte. Prefiero escribirla en silencio y después leértela, o mejor te la entrego. Y tú decides que hacer con ella.

Mientras yo estoy recreando todo lo que siento, te ves serena y triunfante ante mis ojos. Tomando tu café de media tarde y ojeando en mi mente, buscando los pensamientos que aguardan trampas secretas, juicios y palabras altisonantes que me repito a diario. Te veo curiosa revisando cajas de recuerdos, expectativas muertas, sueños pendientes, ideas sombrías de personas, hechos anticipados y futuros grises que huelen a incertidumbre.

Te siento en mis dientes que se aprietan en el sueño o en la conciencia del momento. En las madrugadas, tu respiración entrecortada me despierta y nos quedamos hablando porque es lo que te gusta hacer. También quedarnos en silencio, despiertas, viendo al horizonte que en el techo se ve estupendo.

Eres tan inmensa como la certeza que tienes de ti misma. Intensa como el olor del cigarro que nada en el cuarto hasta la boya mental. Es mi límite, si no vomito improperios.

Impaciente y de oído sensible para el tic tac que se confunde entre el reloj y la taquicardia. Las palabras se agolpan en tu boca, resbalando por las comisuras con tanta velocidad que se vuelven chorritos de saliva y miedo.

La apnea que se pasea en horas no solicitadas mostrando miserias. Las mías y las de aquel que te haya dado cobijo alguna vez.

El amarillo intenso en los ojos de quién ha llorado el sol, sintiendo como erosiona las mejillas y el aire.

Eres además el sabor amargo de la espera. Del querer que no habla, la noche lánguida y terca, los pensamientos que no descansan. Rumian sin apuro cada palabra imaginada, los momentos no vividos con finales abiertos. La tendencia pues, al drama que mueve insistente su pierna bajo la mesa. En la superficie, impávida, toma un tinto de verano a pesar de sus sentimientos gélidos.

Y hay amor. Créeme. En este manifiesto hay amor.

Y cuando te beso, en plena oscuridad, te siento clau-

dicar. Te rindes a mi abrazo como una niña asustada. La mujer segura se siente desafiada por mí con sólo verle a los ojos y eso me gusta.

Me gusta descubrir que estás hecha de rosetones góticos. Me gusta saber que el miedo se cuela por las fisuras. Me gusta ver el faro de luz que da vueltas en ti. Y que me pone de frente con mis paredes. Esas que construyo con miedo, mierda y una mente macabra que mágicamente me hace dudar.

Me gusta que en esa luz jueguen nuestras sombras necias, es lo más cercano a estar en igualdad de condiciones. Las dos en el suelo, dando vueltas sin saber si es de día o de noche. Las dos viviendo en el mismo tiempo sin darnos cuenta de que avanza sin esperarnos.

Allí te amo más.

Te amo, sin temor a que salgas corriendo. O peor, te sientas poderosa otra vez y quieras hacerme daño, en nombre de eso que sientes pero no sabes practicar.

Veo como recoges tus cosas, ignorándome. Sé que te duele irte porque te encariñas con tus parientes que se vuelven pacientes. Adolecen tu llegada y no saben qué sentir a tu partida, si una inmensa libertad o un profundo vacío.

Después de tu visita la paz se muda conmigo y se instala en el cuarto, justo en la mesa de noche. Sopla bocanadas en mis sueños cuando la intranquilidad pretende asomarse, porque sabe que detrás de ella estas hurgando nuevamente.

Mi querida, esta carta tiene vista pequeña y sentimientos mayúsculos que me abordan sin permiso. Yo sólo

quiero decirte que entre el amor y sus matices aún me
haces ver en blanco y negro.

LOS PODERES DE URSULA

Era jueves y Úrsula iba tarde como siempre. Es lenta en sus ademanes, los tiempos son parsimoniosos cuando recorren sus pasos y anatomía. Quizás sus neuronas también se muevan a ritmos distintos. De allí que los demás consideren que algo raro sucede en ella.

No salía de su casa sin echarse perfume y hacerse la señal de la cruz a modo de bendición. Justo ese día, todo iba tan rápido, que olvidó hacer lo segundo. Se miró con sus ojos cuadrados y emprendió su camino a la oficina. El día se siente como un viernes y la calle es un hervidero de gente, desayunos callejeros y humo. Hubo un arrollamiento en el tren, por tercera vez esta semana, así que los autobuses alojaban a más pasajeros que de costumbre. Se montó como pudo en uno, guindada en la puerta. Cada vez se hace más tarde pensó, sin embargo, decidió relajarse escuchando música pues no había poder humano que la hiciera llegar más rápido.

Estaba ubicada entre dos hombres en uno de los escalones del autobús. Uno se baja e inmediatamente sube otro. Este le generó escalofrío en el cuerpo, a pesar de ello se mantuvo en su diminuto espacio. Inmóvil, sólo decidió respirar y concentrarse en el rock que escapaba por sus oídos. El nuevo acompañante en el autobús se embriagaba con su cabello fresco recién lavado, pegándose más con el pretexto de los frenazos del chofer. Primer choque de cuerpos. Úr-

sula se mueve, intentando mantener los linderos del espacio propio. Su otro vecino de escalón también escucha música así que no se percata de lo que sucede. Segundo frenazo. Siente un apretón de nalgas que le sube la sangre a las orejas.

Aprovecha que todo está detenido para voltearse y colocarse frente a frente con el abusador. El autobús por fin llega a la autopista. Comienza a acelerar y Úrsula debe agarrarse más fuerte de la manilla. Piensa en que fue mala idea colocarse stilletos, hoy que necesita más equilibrio que nunca. Llega el tercer intento. Esta vez y aprovechando la “indefensión”, la rodea con su brazo para inmovilizarla. A la cara de todos, sólo está intentando agarrarse más fuerte por las curvas que se acercan. Úrsula siente la “llave” que le resta movilidad. El autobús toma más velocidad, iniciando el puente que une al centro con el este. Su instinto animal se despierta al sentir cada vez más cerca un nauseabundo olor a cloaca.

Buscando defenderse empuja al elemento podrido, quien cae al vacío en una nube de gritos y desesperación. Un frenazo más feroz. El chófer frena de sopetón para saber que pasó. No hay rastros del agresor, se lo tragó la mañana del jueves. En la radio dan la hora. Nueve de la mañana en punto, dice la voz aterciopelada. Úrsula se baja corriendo. Estoy a una cuadra de la oficina. En diez minutos comienza la reunión más importante de mi vida, la del ascenso.

Me podré comprar un carro y no tendré que sufrir más. Pensó con ingenuidad mientras caminaba des-

calza. Todos la veían con asombro. Nadie fue el mismo ese día. Menos Úrsula.

Había matado a tres esta semana. En defensa propia.

EL CLOWN

— ¡Ya llegué!

— ¿Compraste el pan?

— ¿Me puedes recibir con más amorcito vale? Y sí. Traje el pan. Si no quién aguanta el sermón.

— Jajajajaja. Negrito que exagerado. Ven pa' recibirte como es.

— Sabes que no es exageración Rema. ¡Chica, eres una vaina seria! Yo todo complaciente y tú, ahí, toda seca.

— Eres tú el que anda todo amargado. ¿Quieres una cerveza papi?

— Dale pues. Destapa dos para contarte una vaina — dijo sentándose en el mueble—. ¿Qué estás cocinando?

— Descúbrelo a ver. ¡Ahora soy yo la que dice que ando complaciente!

— Mi negrita. No me digas que estás preparando la pastica con atún que tanto me gusta. Huele tan rico.

— ¿Y por qué brindamos amor? ¿Te ganaste la lotería? -Dijo mientras se sentaba con Noé-.

— No mami. Algo mejor. Hoy descubrí en la camioneta para qué vine a este jodido mundo.

— Papi ¿de qué hablas? No entiendo.

— Rema. Una mujer en la camioneta me dijo que mi misión en la vida era alegrar a la gente. Esa vaina me gustó tanto. Me emocioné.

— Noé de la Santísima Trinidad. Me estás diciendo que una mujer te vendió humo y ¿se lo compraste completo? Por Dios, esa te estaba coqueteando. ¿No te diste cuenta?

— Mami eres experta en tumbarle las ganas a cualquiera.

— Papiiii es en serio. Tu todo morenazo, fuerte, grandote. Todo sexy pues. Eso cuadra con alegrar a la gente.

— Rema vale. Escucha la historia y después me dices que opinas.

— Ajá. Cuéntame.

— Estaba allí en la parada de la camioneta con mi pan bajo el brazo y entonces, apareció una señora.

— ¡Dios mío, la pasta! Se quemó esta vaina- exclamó Rema corriendo a la cocina-

— Rema... Rema... Rema...

Y ella abriendo los ojos le dice:

— Papi, ¿por qué me despertaste? Me ibas a contar una vaina y ahora no me acuerdo.

— No puedo dormir. Mañana seré clown por primera vez. ¿Daré risa? ¿Y si me pongo a llorar? ¿Y si se activan los recuerdos?

— Rema. Rema, mami. Que vaina contigo y tu manera de joder mis historias.

IRIS HEREDADO

Mi mamá me mostró a temprana edad lo que era el lenguaje de señas, y no precisamente el que utilizan los sordomudos. Desde que tengo la capacidad de recordar siempre utilizaba sus ojos amarillos para enseñarme, hablarme o regañarme. Es privilegiada porque en vez de uno tiene dos soles en la cara, producto de su mamá que era un chocolate oscuro de la costa y mi abuelo, un pan de leche que nació en las montañas andinas. Con ojos profundamente azules, justo del mismo color que me encantaba usar en preescolar.

Así que en vez de tener una pizarra con fondo verde o blanco, la mía era amarilla intensa como los girasoles que ambas veíamos todas las mañanas en el kiosco, camino a la escuela. Pero cuando se molestaba y no podía regañarme o darme un pellizquito liberador, abría tanto sus ojos, como una boca que quería gritar pero no podía. Al principio me costaba entender qué me quería decir con sus gestos. Mi indiscreción la dejaba en evidencia y por la furia, se encendían más como si fuera mediodía en pleno verano. Luego con paciencia, me explicaba que esa sería la señal para demostrarme que debía silenciar mis pensamientos o hacer caso. Lastimosamente, era dispersa o desobediente porque todos los días salía a desafiarlos. Armada de picardía y con la inocencia jugando al lado, preguntaba más que alguien perdido y mi paciente madre encendía sus faroles altos, amenazantes.

En una ocasión, justo con la visita de su mejor amiga me encontraba en medio de una expedición buscando objetos perdidos en la “selva de la sala” y me encuentro unos lentes de marco gris y cristales finos. No dudé en ponérmelos para activar las lupas que necesitaba y así seguir con mis hallazgos. En un descuido, sumado a la desproporción entre mis manos pequeñas y el objeto ochentoso, cayeron al suelo volviéndose un polvo peligroso. Fue una de las pocas veces que se convirtieron en monstruos enormes que me asustaron hasta llorar. Esa vez no fueron ellos los únicos que me regañaron, también las manos que me propinaron tres nalgadas dejándome sin lágrimas ni aliento.

De esos momentos han pasado unos cuantos años. Siguen viviendo entre surcos y arrugas. Igual de expresivos, amorosos, consentidores y gritones sólo que ahora me entregaron sin saber el testigo. La herencia puede venir en dinero, bienes y deudas pero también en el aspecto, tipos de cuerpo, mañas y hasta enfermedades. Yo recibí entre otras cosas, la capacidad de echar unos cuentos impactantes sólo con la mirada. Los míos son castaños quizás almendras o avellanas suaves. Una mezcla perfecta con el chocolate oscuro de la abuela materna. Son enormes y expresivos, de los que hablan hasta cerrados. Copiaron al calco las expresiones aprendidas de niña, como la cartilla de los números y las letras. Y ahora, como buena tradición familiar, le enseñó a mi muñeca que habla sin usar baterías, cómo entender el mundo mientras aba-

nica sus pestañas tupidas. Creo que pagaré con creces
en esta vida mis imprudencias.

EL SABOR DE LA MUERTE

—Firenze ha un fascino speciale —expresa Pablo con emoción a su grupo de la tarde.

Se vive un otoño fresquísimo en Florencia, la ciudad que escogió para hacer una nueva vida después que huyó de Barcelona, hace más de tres años. Tez blanca, de esas que casi transparentan, cabello castaño, ojos de un olivo particular: algo tienen que no generan confianza, un metro ochenta de altura, cuerpo atlético y un caminito de rosas que decidió tatuarse desde el pecho hasta la cadera, con la intención de quedarse con un recuerdo de sus víctimas.

Desde pequeño clamaba la atención de sus padres, la escuela, la vida, sin lograrlo. Fue blanco de burlas por la gordura que cada vez cogía más cuerpo producto de la forma desmedida que comía. Sufre de trastorno de apetito desenfrenado, la culpa y la ansiedad las engulle veloz sobrepasando sus límites de llenura. No vomita, rellena con comida sus vacíos de amor lidiando además con la rabia y la tristeza, por verse metido en este espiral. Esta patología le fue diagnosticada a los quince años con una autoestima tan frágil que no ha podido reconstruir en el doble de tiempo. Dietas y ejercicios que definen músculos y distorsionan a la vez su imagen en el espejo.

Solo fue una vez a terapia. No soportó las preguntas que lo acorralaban en la esquina de sus inseguridades con el reflector del miedo viéndolo fijamente, esca-

neando esos sentimientos que ocultaba y lo acompañaban desde los días de la escuela. Sabía que no estaba bien. Auto agredirse a puerta cerrada para que los demás no vieran que se tragaba el mundo.

Se inició en las sombras criminales la noche de un viernes, cuando compartía con la amiga de turno en su apartamento ubicado en el piso tres de un viejo edificio, cerca de la Piazza della Signoria. Se conocieron en el tour que dirigía por la ciudad e hicieron clic al instante, se sabía encantador así que el ligue ya estaba cantado. La invitó a salir a ese museo al aire libre que es Florencia con sus calles angostas, el parquecito alumbrado, las trattorias, el mercado de Sant` Ambrogio y las delicias que regala. Fueron a su casa para mostrarle otras habilidades en la que también era bueno: la cocina.

Consintió su paladar haciendo bruschettas con antipasto florentino para darle el abreboca hacía una experiencia placentera. El segundo plato fue una Panzanella, ensalada famosa en este espacio del mundo que acompañó con vino tinto para maridar los deseos de irse a la cama, y quitarse esas ganas acumuladas. Recibió una negativa, burlas y una sarta de insultos por querer “engordarla” con su comida grasosa. Se disparó en forma inesperada el recuerdo de su niñez con las risas de fondo, mientras le rodeaba toda la escuela señalando su sobrepeso. La efervescencia de su ira bajaba golpe tras golpe sintiendo mucha paz y poca culpa, la sangre salpicaba su rostro blanco y sus ojos brillaban emocionados por vencer al fin a sus demonios, sin importar que el pago haya sido convertirse en asesino.

Con la segunda quiso recrear un pollo al horno bajo el pretexto de sexo masoquista y mientras la inocente víctima se abría de mente y piernas para recibir la potencia de su amante, éste venía silente por detrás con un bate de aluminio. Tomando suficiente impulso le dio un golpe seco que cortaría en dos la cabeza, como un coco de corazón tierno. Sumergió el cuerpo sin vida en la tina del baño llena de vino tinto, y alzó una copa para brindar por él y sus nuevos sentimientos de superioridad. Callaban esas voces que lo atormentaban desde siempre.

A la tercera la amarró a una de las sillas del comedor obligándola a devorar tan compulsivamente como él, atracarse la vida en bocados enormes que chorreaban hasta el piso, encharcando el terror de lo que veía ante sus ojos y del que no podía escapar. Gritar para qué, si su boca estaba sellada con las carencias del chico que acababa de conocer en el mismo lugar que las anteriores. El guía turístico de Florencia. Murió asfixiada ante los ojos olivo del que horas antes la seducía con besos y caricias en una de las esquinas del museo.

Pablo quiso con cada muerte romper las cadenas que lo ataban a sus trastornos. Los autos flagelos de comida, la inseguridad de su cuerpo, el amor propio, aprobación externa y quiso ayudar a sus víctimas a descansar de la presión social y belleza grotesca que latía en sus pensamientos.

Llevaba la cuenta: cuatro damas habían sido liberadas de una sociedad opresora, esperaba a la quinta en la *Gelateria dei Neri* con un plan perfecto y litros de helado.

—Quiero recrear contigo el Nacimiento de Venus- le susurraba al oído mientras tomaba su cintura y la doncella inocente de todo, accedía a la fantasía de su erótico amigo. Fascinada con la calentura del momento se fue entregando a lo que sentía: caricias, jadeos y gritos. Cuando se venía la pequeña muerte, el intrépido Pablo apretaba con más fuerza su cuello logrando el último suspiro que no fue precisamente de clímax.

Con el cuerpo helado, literal, encendió un cigarrillo y caminó hasta el espejo del baño:

—Pablito, Pablito, Pablito ¿Qué haremos ahora? ¿Cuál es tu siguiente movida?

Respondió cínicamente a su reflejo:

—No voy a matar a todas las mujeres ¡eso sería absurdo! Todas están locas, jodidas, son divinas pero cada quien que resuelva sus problemas. Mucho he hecho con resolverle la vida a cinco. Cinco muertes que no me quitan el sueño porque fueron cinco representantes de la escoria humana que sigue jodiendo a este mundo. Es más, soy la voz de los oprimidos que se callaron en algún momento por miedo y ahora les doy el pase a la libertad.

La policía llegó al apartamento a la mañana siguiente, tocaron el timbre, abrió la puerta un joven alto de un metro ochenta de altura, obeso, con ojos olivos y piel muy blanca. Devoraba un desayuno gourmet con frenesí, mientras los agentes le interrogaban con rostros de repulsión. Revisando sus movimientos, analizando sus respuestas.

—Indíqueme su nombre y a qué se dedica.

—Me llamo Pablo Fernández y soy escritor. ¿Qué más necesita saber, Señor agente?

CONFESIONES CULINARIAS

Me enamoré a primera vista, lo juro.

Cuando intento recordar desde cuándo la amo, me atrevo a decir que llevo diez años en una relación frenética y eufórica. Pletórica de buenos y malos momentos pero con sabores intensos. Una mujer que apareció en mi vida cuando esperaba cualquier cosa menos enamorarme. No quería y ya. Soy un hombre difícil, lo sé, siempre lo he sabido, sólo que no lo reconozco, no me gusta perder. Quizás son complejos de superioridad o inferioridad quién sabe, igual hasta ese lugar de mi interior no he querido llegar porque no sé cómo reaccionaré ante lo que encuentre. Soy dócil con las personas que se lo ganan, y sí digo ganar, es porque soy un premio. Cuando quiero a alguien me entrego, aunque pocas veces lo demuestre, sé que es difícil entenderlo pero así soy y esta forma de ser me ha traído problemas en mis relaciones.

Con ella fue inmediato, aquella mañana cuando me obligué a ir a ese estúpido compromiso que yo mismo había buscado, por desesperado y ese deseo de llenar las horas vacías que tenía todos los días. Llegué puntual a la cita con la firme intención de decir un par de cosas y salir corriendo, me había vuelto un experto en dosificar las palabras con las mujeres para ir al grano, una deliciosa contienda amorosa que terminaba en el cielo con sensuales lamentos y listo, volvía a la tierra para huir, antes de los planes a futuro. Las

atmosferas cursis me dan alergia. Lo primero que me llegó de ella fue su voz y seguidamente su olor, casi al mismo tiempo, tan invasivo que fue imposible resistirme y mis ojos en forma instintiva buscaron darle forma mientras mi imaginación recreaba miles de mujeres, como retazos de todas las que me gustaron alguna vez. Sentí desesperación al no encontrarla tan rápido como quería en ese salón enorme, sin embargo, escucharla me daba tranquilidad así que bajé el ritmo mientras seguía buscándola con la mirada. Me topé por fin con una mujer divina que era el centro de atracción del lugar, voz aterciopelada y manos parlanchinas de esas que buscan ser seguidas ante cada movimiento. Hablaba de su historia mientras yo no podía dejar de verla, hacer el rompecabezas mental con todas las piezas que llegaron a mí en forma aislada hasta complementarla.

Tomaba notas de su vida para aprovecharme descaradamente y así enamorarla, ella me veía y se reía coquetamente, sabía mis planes. Por su actitud puedo decir que le encantaba la idea. No me intimidé, respondí a su flirteo atendiendo a cada palabra y confieso que me interesaba de verdad ya no se trataba de una competencia conmigo por conquistarla, quería convertirme en algo: amigo, amante, novio, lo que ella quisiese. Pasaron los días y seguía yendo al mismo lugar para encontrarme con ella, su embrujo sutil se intensificaba sin darme cuenta mientras que los demás también caían como naipes ante sus pócimas de amor. Esta mujer definitivamente sabía lo que ha-

cía, al menos conmigo porque la verdad, no me interesaba en lo absoluto saber si le gustaba alguien más. Conmigo bastaba. Al mes logré mi cometido o mejor dicho ella lo hizo posible, porque desde siempre fue quién me sedujo con sus encantos: fui un aprendiz en sus brazos, me hice experto en sus espacios conociéndola en sus recovecos más oscuros, que apreciaba como nadie.

Esta mujer está hecha de secretos que descubres algunas veces con lágrimas que pueden terminar en risas, aunque pareciera que me volverá loco por su rudeza y exigencia, siempre saca lo mejor de mi haciéndome brillar ante el mundo, y veo sus ojos tan llenos de orgullo como la copa de vino que me tomo en este momento, parece mentira que Dios me haya premiado con ella, que la pasión que me genera todos los días esté intacta desde hace diez años y que siento la misma emoción que aquella primera vez cuando encendí sus fogones, esos que también se encendieron en mi corazón. Esos fogones que me acompañarán siempre que haya una boca hambrienta o una mente que despierte en cascada por un sabor que le regale, o quizás un olor que abrace personas a distancia.

Y aunque muchas veces he querido dejarla por malvada y retrechera, recuerdo el talento que me ha regalado, me digo entonces: ¡Deja de manejarme mendiga cocina, soy tuyo y no tengo ojos para nadie más!

LOS HELADOS MÁGICOS

Pasó la noche armando el trineo, el que había dibujado días antes en secreto para que mamá y papá no lo descubrieran. Andrea junto con las dos amigas que ella solo puede ver y escuchar, desenchufaron el ventilador del cuarto de la abuela y lo ataron a su pequeña bicicleta para poder volar, el globo de los deseos se encendió con la ilusión de darle a todos los niños un dulce regalo. El carrito de helados esperaba afuera, brillante y obediente, aunque un poco escandaloso por las campanitas que no dejaban de sonar. Acomodaron todo y Andrea pedaleó suavemente para ver si funcionaba su invento, comenzando a alzarse del suelo. Todo estaba listo para iniciar la aventura.

Andrea tiene cinco años y está convencida, aunque no sepa el significado de esa expresión, de que todos los niños pueden comer dulces en la noche. Prohibición expresa de sus papás que no le han explicado el por qué, sólo le dicen: NO. Se ha escabullido a la cocina cuando ellos duermen y en puntillas, con sus medias de puntos de colores, toma el banquito y dobla su tamaño para tomar una galleta de chispas de chocolate. Aunque está aprendiendo los números lleva un “conteo” en su cuaderno de unicornios, coloca una rayita morada en la última hoja; luego se ocupará de contarlas cuando en la escuela se lo enseñen. Otras noches abre la nevera y esta vez no necesita el banquito, el tramo en donde su mamá guarda el helado.

do lo puede alcanzar así que lo toma con sus manos pequeñas, busca una cuchara y se dispone a disfrutar de unos cuantos bocados, sentada en el piso de cuadros azulitos. Éstas y otras travesuras se le ocurren cuando creen que está dormida. Espera que todo esté en silencio y así salir al mundo delicioso de las ricuras que guarda su mamá para las meriendas y que ella en la soledad de la noche prefiere comer.

Entendió que los adultos se aburren más:

¡Debe ser porque dejan los postres para después! — Exclamó la nena esta vez haciendo pucheritos.

Preguntaba a sus amigos de la escuela si tenían permiso de comer chuches por la noche, a lo que todos respondieron un NO tan rotundo que le recordó la voz de su mamá fuerte, muy molesta. Los reunió a todos en el patio a la hora del recreo y les dijo:

—Tengo un plan buenísimo, todos vamos a poder comer dulces esta noche. No se pueden quedar dormidos, eso sí, no me sé las horas así que deben ver al cielo y si está la luna, se preparan.

Todos estaban felices aunque con muchas preguntas, sin embargo, confiaron en Andrea y su idea genial ya que ansiaban deleitarse con el dulce sabor de lo que se come a escondidas.

La niña de ideas chispeantes se encargó esa noche de volar por el cielo estrellado, sobre nubes que le recordaban el algodón de azúcar y con un globo de los deseos que brillaba tanto como sus ojos felices, y como la luna, cómplice de estos niños inventores. Mientras pedaleaba y lanzaba los helados guardados

en el carrito, aprovechó de comerse su favorito: un cono de vainilla y chocolate. Fue una noche helada.

MENÚ CLANDESTINO

Hoy es viernes y Paula está feliz porque su reloj marca las cinco de la tarde, hora de salir corriendo de su trabajo monótono. Es una bella tarde soleada en Caracas así que decide caminar un rato. Un Ávila verdísimo le saluda mostrándole con cierto pudor las nubes que se forman en sus picos y ella sonríe con ese espectáculo que pareciera solo ven sus ojos. Sus pies la llevan al bar que le encanta, ese en donde puede ver la ciudad en 360° mientras se toma un Cosmopolitan para aclimatarse.

Sin planes y con cansancio acumulado decide pagar la cuenta para irse a su casa: pedir un delivery y lanzarse un maratón de series hasta dormirse. Sonaba muy bien para cerrar el día, sin embargo, recibe una notificación en su celular, una invitación a la inauguración de un restaurant a las afueras de la ciudad. Para asistir le solicitan cumplir un requisito: vestir de blanco si eres mujer, negro si eres hombre. El plan captó su atención, cuando cayó en cuenta estaba en su casa delineando sus labios de rojo granate para destacar su impoluto vestido. Pensó en llamar a sus amigos Sofía y Héctor pero una vibra que recorrió su cuerpo le generó la convicción, esta noche la cita es conmigo.

De acuerdo a la dirección había llegado a la **Esquina Clandestina**, un lugar de estilo medieval con amplios ventanales, mesas con velas y un jazz magnifico de fondo que le daba la bienvenida; de entrada le

pareció que el evento estaba diseñado para parejas por la disposición del espacio, sin embargo sintió una mano que la tomó fuerte por la cintura y la dirigía a una mesa larga. Se giró rápidamente porque si bien no se molestó le pareció un gesto invasivo, se encontró un hombre muy atractivo que le sonreía con los ojos y unos dientes perfectos que hacían juego invitándola a tomar lugar, y Paula obediente siguió caminando con el misterioso caballero que además la abrazaba con su perfume seductor.

—Bienvenidos a una experiencia sensorial, un paseo que involucra los sentidos y evocará su memoria gustativa para llevarles a lugares insospechados sin moverse de sus asientos. ¿Magia? ¿Trucos? La noche nos irá dando respuestas —explica el anfitrión mientras al compás de sus palabras sirven champán.

La música toma el ritmo y los comensales están emocionados a la espera de lo que sigue. Las copas tocan los labios, las burbujas despiertan las papilas gustativas con su efervescencia que lentamente hacen cosquillas por la garganta, refrescando cada sorbo y aflorando las sonrisas que dejaron la timidez hace rato.

—¿Cómo estuvo este primer trago de dopamina? ¿Cómo se sienten?»

Todos se miraban y susurraban, cuando este servicial anfitrión continuó:

—Segregamos dopamina cuando reímos a carcajadas como acaba de suceder en este aperitivo y en otros momentos placenteros que viviremos a lo largo de esta velada.

El hielo del ambiente inicial se derretía con cada trago. Paula estaba más cómoda aunque pensaba que la idea de haber ido sola no fue tan acertada ya sea por si se pasa con el alcohol, o por encontrarse allí sin poder compartir con sus amigos. Sacó su celular para hablarles cuando rápidamente la interrumpió su compañero de mesa, quien la miraba con deseo y se la comía con el vestido puesto. Paula se sintió incómoda, sin embargo prefirió ignorar sus gestos lascivos y disfrutar con los demás integrantes de la mesa.

Para el plato principal cada invitado recibe un pergamino que muestra la carta con las tres opciones a escoger:

- Lomo de cerdo con salsa de mango y romero sobre puré de papas con perejil.
- Rollitos de pollo rellenos de queso de cabra picante acompañados de espárragos y zanahorias acarameladas.
- Camarones en salsa de coco y tamarindo con ensalada fresca de lechuga y piña

—Este menú es muy especial porque cada uno tiene una característica y una sorpresa para quien lo escoja, no diré más, por favor procedan a marcar con el lápiz que encontrarán a la derecha de su asiento, en una caja dorada.

Paula como todos los asistentes se encuentran cubiertos de un halo enigmático y la curiosidad aumenta con rapidez, el jazz pasó a ser una bossa nova sensual que abría el apetito a nuevas experiencias gustativas mientras salivaban las ideas como el perro de Pavlov. Se decidió por los camarones sin pensarlo mucho, los ama con locura.

Mientras esperan sus platillos aparece un mago con tres sombreros de copa, tres sobres que explican las características de cada uno y el anfitrión se acerca, toma el sobre uno y comienza a leer:

—El primer plato, el de cerdo, se llama **Liberando la Oxitocina** porque con él su paladar recibirá amor delicioso, ese que viene por una mínima pero intensa estimulación. La misma que podemos sentir en una escala mucho más grande cuando somos afectuosos y recibimos bienestar de algún ser querido o mucho placer con nuestras parejas— La curiosidad seguía disparándose con cada palabra del anfitrión.

—El plato de pollo lo titulamos **Endorfina Fascinante** ya que sus papilas será seducida por un sutil picante que se hará sentir, nada de qué preocuparse. Además bajará los niveles de estrés de aquellos que estuvieron agobiados esta semana, una propuesta nada despreciable ¿cierto?

—Y para cerrar con broche de oro, **Deliciosa Serotonina**, donde se concentrarán los sabores para generar placer, tranquilidad y hasta amor propio así que quienes hayan elegido este platillo saldrán con la autoestima elevada y un atractivo arrollador. Para maridar estas delicias que probarán tenemos una serie de vinos mágicos, deben descubrir cuál es su poder.

Todos iban recibiendo sus órdenes, deleitándose con los sabores, las texturas, el olor embriagador de las especias y esa sensación en la boca tan especial que derretía cada alimento que ingerían. Paula estaba extasiada con su decisión y miraba a su alrededor para

constatar que todos estuvieran como ella, disfrutando a plenitud de la comida. Miró fijamente a su vecino de enfrente, el mismo seductor de mirada lasciva y pudo detallar que se encontraba incómodo, con su rostro cambiando de color a una palidez que asustaba, sus ojos se viraron y cayó al suelo convulsionando con temblores telúricos. Los gritos no se hicieron esperar y Paula saltó de su asiento a socorrerlo, buscaba con la mirada al anfitrión quién encendía un cigarrillo con la tranquilidad de quien hace una sobremesa después de un banquete magistral. No podía creer lo que veían sus ojos, estaban viviendo una emergencia y ninguna de las personas del evento hacía algo.

— No está viendo lo que sucede- gritó desesperada, por favor haga algo.

Algunos corrían, otros más al querer huir cayeron al suelo con un golpe seco muriendo instantáneamente, otros se desvanecían en sus asientos como una gelatina que se escurre sin parar y un grupo lloraba de terror al ver lo que sucedía. Paula no sabía qué hacer al ver tantas personas cayendo en efecto dominó y su corazón latía muy fuerte por la preocupación de salir de ese lugar lo más pronto posible, no podía controlar las lágrimas ante el horror que vivía.

—Damas y caballeros, bueno, los que quedan vivos. Agradecemos su presencia y valentía en jugar con nosotros a la **noche de la muerte**. Una experiencia para morir por la boca como el pez, disfrutar de los placeres disparando sus hormonas de la felicidad y luego llevarlas al mínimo con el miedo, angustia y ansiedad

por no saber qué sucede. Somos ladrones de almas, de las que se venden por mantener un status en una sociedad tan envenenada como ustedes así que gracias porque todas las que recabamos acá serán ingredientes con los que cazaremos incautos, o quizás salvarlos de su propia estupidez. A todos les corre por su cuerpo en este instante un veneno letal que dosificamos, de allí que observen como algunos mueren más rápido, esa era la sorpresa que aguardaba cada plato. En especial tú, mi Paula, o Paulita como cariñosamente te llamaba. Vas a ser la última en morir.

Una Paula muy mareada intenta recordar esa voz, buscando en sus recuerdos si ese rostro le es familiar hasta que da en su pasado, un hombre plantado en el altar y ella corriendo cual novia fugitiva.

Dicen que la venganza es un plato que se sirve frío, sin embargo, queda demostrado que la temperatura no excluye los sentimientos, más bien los intensifica.

AMOR INDIGESTO

A lo largo de la vida, entre degustaciones acertadas con finales mustios, he ido buscando mi sabor complementario. Admito que tengo un don magistral para unirme a los que ponen en primer plano, lo oscuro. Aquello que es contraproducente en la etiqueta y que me define. Admitámoslo. Todos generamos malestar, prurito, alucinaciones, mareos y si el tema se complica, bloqueamos epiglotis y enviamos al viaje eterno. Sin reservas previas.

Yo que no soy la excepción, asumí mi peligro. Hago daño, sí. Y también apporto energía, sabor, estoy presente así sea a escondidas. Sé quién soy y que puedo hacer. Aunque hay lenguas muy educadas, conocedoras de mundo, reconocen cuando estoy presente y cierran sus cubiertos. La pared ya está puesta. Y no me importa, al final la última palabra sale de mis labios. O de mi cuerpo, quien sabe. Sigo en análisis constante. Hasta que llegó él.

Un perfecto desconocido que me ofreció fuego. Yo accedí y me derretí hasta ponerme morena. Eso le pareció tan sexy. Y me endurecí, no podía ser tan fácil. Pero ya el mal estaba hecho. O uno muy bueno. No podía dejar de unirme con ese calor que cambiaba mis formas, las moldeaba a su antojo dejándome indefensa de placer.

Me di cuenta que no era la única. Su fuego avivaba a muchas. Se perdían en sus brasas quedando

sólo humo de intenciones y restos de cenizas vacías. Flameaba nuestros encuentros con ron y quizás esa sea la razón por la que me volví más amarga, echándole la culpa a mi interior quemado. Definitivamente, me causaba indigestión en el alma. Prefería ingerir un antiácido para ponerle filtros a la realidad. Efecto de larga duración por al menos cinco días y estaba lista para seguir en mis turbios caminos. Y el día llegó. Me abandonó a la suerte no sé de quién. El traje dramático se adhería a mí como una sombra, lo recibí dichosa. A él pareció no importarle mi actuación, las lágrimas de limón o los reclamos con Stevia. Se fue. No buscó sus cosas. Sin pronunciar sílabas tónicas. Y su ego, triunfante, pisaba con fuerza mi corazón. Quizás el inicio de la vendimia se le metió en el cuerpo y quiso extraer mi mosto vivencial. Ahora mido mis pasos. Ando de puntillas para que no me sientan. O al menos engañar al siguiente, para dañarle la vida en silencio.

CARTA AL NIÑO JESUS CON POSDATA DE CARAMELO

— ¿Será que desde ese día hubo un cambio en mí? Se preguntaba Ámbar mientras se volvía adulta. Intentó recordar desde cuándo se había esfumado esa capacidad de creer en ese algo que va más allá de lo conocido, del que siempre le hablaba su tía favorita, Amapola. Mientras estaba tumbada en la grama, viendo el cielo azul que se le venía encima en su hora de almuerzo, buscó en sus memorias algo revueltas. Fueron apareciendo imágenes sueltas con olores y sabores: clavos de olor, mandarina, torta negra que se horneaba y perfumaba la casa completa. Sabores fuertes y dulces: uvas verdes o moradas, vino champanzado, ensalada con trocitos de manzana, dulce de lechosa de color caramelo. Sensaciones que iluminaban su rostro al llevarle con la imaginación a sus navidades de niña.

Pero no recordaba nada más. Pareciera que agarró de su biblioteca mental ese tomo, y lo lanzó al ático del olvido o quizás lo mandó a borrar para que no quedara registros inoportunos. Llegó la hora de salida y con el olor a canela en el cuerpo se retiró a su casa caminando, con la intención de buscar el regalo de navidad de su pequeña Zoe. Imaginaba un caballito de madera que pudiera convertir en unicornio, con pinturas de colores y seguramente esperaba para

pintarlo con ella y ser niñas juntas. Quiere comprarle además un libro de cuentos, de esos que se colorean y a la vez cuentan historias para dormir. Tenían que ser resistentes para prever que su pequeña le restará vida sin querer a sus tesoros, tal como ella lo hizo, fue una experta devastadora de juguetes.

Un olor a jazmines le trajo a su tía Amapola mientras zigzagueaba por la calle, o realmente eran sus pies los que culebreaban en la vida hasta llegar a casa, ahora oliendo a canela y jazmín. ¡Vaya combinación!

Aprovechando que llegó y el olor a pino la abrazó, la casa para ella dispuesta estaba y al sentir que lo necesitaba, un baño se dio de rosas y espumas, que no fue tan delicioso como imaginaba, porque aún el jazmín su piel perfumaba. Se extrañó de este fenómeno que la acompañaba.

— ¿Por qué este olor, será la tía Amapola que algo me quiere decir, sólo me logra confundir y esto me descontrola?

Se dio cuenta que pensaba en rima y decidió cocinar para olvidar.

Chocolate caliente con unas notas de ron como su tía favorita le enseñó, y con unos churros para sumergir, por qué no. Otra vez pensando en rima se dijo: Tita Amapola ¿qué sucede, qué me quieres decir? Repitió a viva voz en esa cocina. La prosa no me fluye natural más bien todo me suena a poesía. En ese momento, en esa soledad navideña y frente a la bebida mágica los recuerdos llegaron uno tras otro, lo que en su mente estaba bloqueado por instrucciones de su

mamá. Su Tita sin querer le había dicho una verdad dolorosa, le rompió el corazón a su sobrina favorita con palabras duras como el pan viejo, sin importarle las lágrimas de desilusión que por sus ojos corrían, tan avinagradas como los encurtidos que preparaban ese triste día.

Lloró lágrimas dulces esta vez, por sus mejillas corrían caramelos de café mezclados con las sonrisas que su Tita le propinaba, lloraba además la niña que fue y quedó en pausa en ese momento en una infeliz una navidad. Lloraba la mujer que recordaba por qué no había fotos de ese año, su mamá no quería cerca ninguna imagen que le permitiera reconstruir los hechos tan amargos como un caramelo quemado. Le encendió una vela para darle calor a su alma en el más allá y confirmarle que no habían deudas ni palabras pendientes, las notas achocolatadas cantaron en la lumbre y dijeron todo lo que necesitaba escuchar.

En ese momento Zoe entra a la cocina.

Ámbar la tomó en sus brazos y caminó hacia el árbol de luces blancas. Debajo estaban los juguetes y las ilusiones escondidas tras el papel de regalo, y en la mesa, hojas y lápices de colores.

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 24 días del mes de noviembre de 2021, el mismo día del año 1907 en que nace el Líder wayuu, luchador social y étnico conocido como *Wushojolo* y El Pacificador, llamado Nemesio Montiel Polanco Epieyú.